

Cinco minutos despues, en el momento en que el tren se ponía en movimiento, un criado con librea se precipitó en el andén y abriendo una de las portezuelas del coche-salon, preguntó:

—¿El señor vizconde de Beaulieu?

—Soy yo.

El criado, sin pronunciar una palabra más, le entregó un pliego, cuidadosamente sellado, empujó vivamente la portezuela y desapareció.

El silbato de la locomotora lanzó un estridente silbido y el ligero tren se lanzó por la vía devorando el espacio.

XXVI

La nube y el rayo.

El vizconde, al recibir aquella carta quedó un momento sorprendido. Examinó con rapidez el sobre y no conoció la letra.

¿De dónde procedía aquella carta? En cualquiera otra circunstancia no le hubiera admirado. Pero en un día de bodas, cuando no se ocupaba de los negocios, y no pensaba más que en la alegría, ¿qué significaba aquel pliego tan apresuradamente entregado?

Por otra parte, la carta tenía un aspecto solemne, con su sello rojo y blasonado. No se parecía á esas sencillas misivas que un hombre de la buena sociedad recibe de sus amigos.

Roberto de Beaulieu ni aun se ocupaba de la gestión de sus bienes. Dejaba este cuidado á su padre, al hidalgo campesino, práctico y serio, que se ocupaba de esto á las mil maravillas.

El padre y el hijo estaban ligados por un cariño sin restricciones, y todo era comun entre ellos.

No se apresuró, pues, á romper el sobre de aquella misteriosa carta, y la guardó en uno de los bolsillos de su sobretodo.

Tiempo tendria de leerla despues.
Habia hasta en la llegada de aquel criado, en el momento preciso en que el tren se ponía en marcha, algo que le inquietaba.

Era una cara que él no habia visto jamás, como tampoco la librea que aquel hombre vestía. En verdad habia en aquella aparicion algo de hechicería.

El vizconde ocupaba un coche-salon con una parte de los invitados. La novia iba en otro con su tío y algunas amigas y los criados llenaban un tercer coche.

Estos tres coches, con un furgon de provisiones y equipajes componian el convoy. El tren marchaba con rapidez; aun cuando se haya recorrido cien veces una línea, siempre hay al principiar un viaje, un momento de curiosidad. El vizconde trató de olvidar aquella carta, que no podia, á su parecer, contener nada interesante y que no se atrevia á abrir.

El tren habia pasado ya de Versalles, cuando se decidió á examinar de nuevo el sobre con disimulo.

La letra de este no era muy buena, pero sí legible y clara, y llevaba escrito, además de su nombre, lo siguiente:

«En propia mano.»

En el coche la conversacion era viva y animada, como dicen en los libretos de los sánetes.

La bella Laurencia, el mejor adorno del grupo, la animaba con su caústica charla, semejante al gorjeo de una banda de gorriones metidos en un agujero.

Al hablar seguía con el rabillo del ojo las maniobras del vizconde, que no hacia más que dar vueltas al sobre como si le quemara los dedos.

—¿Qué es eso, querido vizconde?—le dijo con su osadía habitual. Se creeria que es vuestra sentencia de muerte.

El vizconde se echó á reír, pero con risa for-

zada, y para concluir rompió el sello de lacre, arrugó el sobre, y bajando un cristal lo arrojó á la via.

Despues leyó con rapidez la carta.

Tenia tres páginas escritas.

Debió leerla muy á la ligera porque llegó pronto al fin y parecia que buscaba la firma.

No la tenia.

La carta era anónima.

Los labios del vizconde se crisparon en señal de disgusto, y arrugando el papel entre sus dedos, hizo un movimiento para lanzarlo á la via, como habia hecho con el sobre.

Laurencia alargó la mano y la colocó sobre el brazo del vizconde.

—No hagais eso—le dijo. Lo sentiriais despues.

Laurencia levantó el cristal y añadió en voz muy baja, sonriendo maliciosamente.

—No soy curiosa, pero quisiera saber lo que os dicen y por qué os turba tanto esa carta.

Ahora comprendia ella por qué el baron de Brandes le habia encargado que vigilara en el camino y se fijara hasta en los detalles más insignificantes, al parecer.

Presenciaba el prólogo de un drama que presentia y cuyo principio estaba en aquella carta de sello rojo, entregada en el momento preciso en que el tren iba á partir, por aquel misterioso criado cuya cara y librea nadie conoció.

En lugar de contestarla, Roberto de Beaulien metió el papel en el bolsillo sin desplegarlo. Parecia que no le daba importancia alguna, pero lo guardaba.

A partir de aquel momento, trató de recobrar su sangre fria, mas no pudo conseguirlo. Además, su vecina la marquesa de Bresse, no le dejaba descansar.

¡Ah! Santiago de Brandes tenia una asociada que no frustraba sus esperanzas!

Cada una de las palabras de la bella Laurencia era una páfida alusion á las dudas que habian cruzado en otro tiempo por la imagina-

ción de Roberto y que la desgraciada Germana había conseguido desvanecer. ¡Cómo se vengaba de los desdenes del exteniente de dragones! ¡Cómo hería su enfermo corazón, en el cual todas las sospechas, todas las desconfianzas y todos los recelos, renacían á impulsos del delator anónimo, cuyas revelaciones contenían detalles precisos, acusaciones formales é irrefutables de una traición mal velada, de una infamia que salpicaba el honor de los Beaulieu.

El vizconde había apenas fijado la vista en aquel odioso papel, y á pesar de esto, se creía víctima de una horrible comedia. ¡Aquella joven con quien acababa de casarse, que llevaba su nombre, había sido la querida de otro! ¡No solo se había entregado, sino que ocultaba un hijo, fruto de su crimen. Los datos eran precisos. Nada faltaba en la carta. Lo decía todo, hasta las fechas. Todos se habían coligado contra él. El capitán Perros, aquel breton de francos y rudos modales, mentía al ensalzarle las escursiones de *La Golondrina*, la pasión de la señorita de Roye por el mar. ¡Ella! ¡Oh! á ella la desenmascaraba la carta. ¡Ella se había refugiado en Jersey, y allí había dado á luz! ¡Y el general, á quien él quería tanto, aquel valiente, á quien él tenía por modelo del honor militar, ¡qué papel representaba en aquella trama en que era víctima, en que era objeto del ridículo y de la burla, él, el vizconde Roberto de Beaulieu? ¡Cuánta razón tenía su padre, cuando sorprendido por la conducta de Germana, conducta que él juzgaba como una extravagancia, le aconsejaba que renunciase á sus proyectos de alianza, á pesar de los lazos de amistad que unían desde hacia tanto tiempo á las dos familias! ¡Qué diría aquel padre, inflexible en cuestiones de honor, cuando descubriera la verdad, cosa que ocurriría el día menos pensado! ¡Cómo guardar un secreto que ya tantos conocían!

Al pensar en Germana, en aquella Germana tan bella, tan encantadora, que algunas horas

antes había pronunciado con tanta emoción la palabra que la unía á él para siempre, sus tiernos sentimientos renacían. Trataba de creerse juguete de una alucinación, de un extravío, é involuntariamente llevaba la mano á aquel papel maldito, como para asegurarse de que existía en realidad.

Y oía la voz de la bella Laurencia que le decía:

—Lo que no puedo comprender, mi querido vizconde, es que hayais pensado en encerrar á Germana en el fondo de los bosques. ¡Sois tirano!

—¿Por qué?

—Una mujer que tiene verdadera pasión por los viajes, para la cual es una felicidad sin igual correr el mundo con todo el lujo permitido á su gran fortuna! ¡Vais á hacerlos execrar! ¡Eso está indicado!

Roberto la escuchaba apenas y la contestaba maquinalmente, sin pensar lo que decía.

Su pensamiento estaba en otra parte. Hubiera querido estar solo en su habitación de Beaulieu, donde iba á pasar la noche, su última noche de libertad, para reflexionar, pensar y ordenar sus ideas.

—Pero los Essarts son muy hermosos, marquesa,—observó un capitán de estado mayor, antiguo compañero del novio, el baron de Cernay.—Os juro que si yo tuviera que pasar una luna de miel, me parecería encantadora la estancia allí. ¿Y á vos, coronel?—dijo dirigiéndose á su vecino,

—A mi también. La marquesa es severa con el Perche.

La bella Laurencia movió la cabeza, y tomando una graciosa postura se puso á mirar el techo del vagón.

—¡Oh! ¿yo?—dijo con lánguido acento,—sería juzgarme mal crearme tan descontentadiza. Desde luego, yo no encuentro nada tan encantador, tan delicioso, como la tranquilidad de la vida del campo. Es la calma, la soledad, la in-

dependencia de todas esas obligaciones mundanas, que se convierten con facilidad en tanta una carga y en una fatiga. En verdad estais muy equivocados si suponeis que adoro á Paris hasta el punto de no poder apreciar la felicidad que se encuentra fuera de él. Y además, existe el bien que se hace á su alrededor, y con el cual es preciso contar. Hablo, no por mi, sino por Germana. Ella ha hecho ya sus pruebas. ¡La gusta el movimiento, los viajes! Posee un soberbio *yacht* y toda una tripulación para su servicio. Es la ocasión de utilizarla. Una estancia en Niza ó en Monte-Carlo es de rigor, convendreis en ello. Por lo demás, Germana es capaz de sacrificar sus gustos á los de los demás, y sobre todo á los gustos de aquellos á quien ama con esclusivo amor. Pero os confieso, en verdad, mi querido vizconde, que no sois galante.

Solo Roberto podia comprender las sangrientas ironías de la marquesa. El viaje fué un suplicio para él. Sus preocupaciones eran tan vivas, que no escaparon á los ojos de sus amigos. Estos le abandonaron á las once dadas.

En la estacion de Condé, cuando el tren se detuvo, Roberto se alegró al pensar en que iba á verse libre de la marquesa.

Allí se apearon todos.

Los amigos particulares de la señorita de Roye tomaron los coches del general para recorrer las ocho leguas que separan á Condé de los Essarts.

Los invitados del novio tomaron los de Beauhieu para ir á casa del conde.

Debían reunirse al día siguiente en la iglesia, al medio día, para asistir al matrimonio religioso.

Por lo demás, como los dos castillos no estaban más que á unas tres leguas el uno del otro, el camino que había que andar era una verdadera partida de placer.

Los dos convoyes marcharon juntos hasta la encrucijada central del bosque del Perche, don-

pe bifurca el camino, y allí cada uno se dirigió por su lado.

La expedición se hizo con mucha alegría.

Los amigos de las dos familias no sospechaban la ansiedad del marido.

Germana ocultaba la suya. Por otra parte, desde hacia ya un año había tomado, por fuerza, la costumbre de disimular.

Hablaba con su íntima amiga la condesa de Frencuse, de los mil detalles de su instalación en la campiña, y escuchaba á los otros con su gracia acostumbrada y encontrando siempre una palabra amable para cada uno.

El tiempo era seco y frío, pero soportable para viajeros instalados en buenos coches, envueltos en abrigos de pieles y conducidos por vigorosos caballos que no perdían tiempo en el camino. En la encrucijada se detuvieron un minuto para despedirse. El vizconde se acercó á la portezuela del landó de Germana. La cogió la mano en silencio y la llevó á los labios con un temblor que ella pudo tomar por un estremecimiento propio del cariño.

Cuando volvió á su coche oyó la voz de la irónica Laurencia que le gritaba:

—Hasta mañana. ¡Buenas noches, querido vizconde!

El señor de Bresse y la marquesa iban á los Essarts.

Cuando los coches del general y de su sobrina entraron en la avenida del castillo, los invitados vieron á lo lejos los vivos resplandores que salían por todas las ventanas de su imponente fachada. Era una verdadera iluminación. Las arañas del comedor y de los salones estaban encendidas. En las chimeneas de mármol, ardían troncos de árboles; por todas partes había luces. El viejo edificio no había presenciado una fiesta parecida desde hacia muchos años.

El capitán de estado mayor decía la verdad.

Era aquella una residencia espléndida que parecía que no debía albergar más que á seres felices.

Y sin embargo, Germana, la propietaria de aquel dominio, la protagonista en la ceremonia, tenía el corazón oprimido. Su destino dependía de los días que iban á seguirse. Esperaba, después de algunas semanas de posesión, apoderarse de tal modo del corazón de su elegido, que nada pudiera arrebatárselo, que todos los ataques dirigidos contra él fueran inútiles y vanos.

Pero quedaba un paso que dar. ¡Entreveía en la sombra la amenazadora figura de Santiago de Brandes! ¿Qué decidiría éste? ¿Se inclinaria ante los hechos consumados? ¿No era ya la mujer de otro, ante la ley? ¿Qué podía hacer él?... ¿Deshonrarla?... ¡Para qué? Por último, ocurriera lo que ocurriera, estaba dispuesta á defenderse.

Había obtenido de Roberto el juramento de que la confiaría todos sus pensamientos, todas sus dudas, todos sus temores.

Ella había cumplido su palabra. El era hombre de honor y cumpliría la suya. Entónces, si era preciso, se lo confesaría todo. ¿Y qué tenía que censurarse? Dormía confiada, casi tranquila, porque contaba con el apoyo de su conciencia. Pero cuando cerraba los ojos, veía como entre nubes la pálida figura de la niña muerta y se llevaba las manos al pecho.

Aquel era su verdadero dolor. Pero, ¿no lo borraría el tiempo? ¡Ah! ¡si ella hubiese sabido, si atravesando la oscuridad con sus ojos hubiese podido ver lo que pasaba á pocas leguas de allí!... ¡Qué horror! En el castillo de Brandes, Santiago, sentado en el rincón de la chimenea de su desierto salón, esperaba.

¿Qué esperaba?

En el campo, á su alrededor, no se oía ningún ruido más que el de algún perro ladrando de aburrimiento ó contestando á otros.

Sonaron las once en el reloj, con el emblema del rey Sol, pegado á la pared. El barón cogió su palmtoria y subió á su habitación diciendo:

—Será mañana. ¡El vendrá!

En Beaulieu, gran caserío, amplio, con dos pabellones de elevados tejados, construido de piedra y ladrillo, en una habitación situada al extremo de una de sus alas, estaba Roberto sentado, con los codos apoyados sobre una mesa ante la chimenea, en donde ardía un gran fuego, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en una hoja de papel ajado, estendida delante de él.

Extraviada lo mismo que la de un loco, su mirada devoraba los renglones de aquel escrito.

A veces se recostaba sobre el respaldo del sillón y dejaba vagar sus miradas por las paredes de la habitación, en las cuales se veían panoramas, floretes colgados, algunos estudios de paisajes, fotografías y dos grandes retratos, á los cuales parecía pedir consejo.

Después volvió á tomar su primera posición delante de aquella carta, de la cual no quería deshacerse.

Los términos en que estaba concebida eran muy claros.

Jamás acusación alguna de ministerio público ha estado redactada con más claridad contra un acusado.

»El señor vizconde de Beaulieu debe estimar, de seguro, más el honor de su nombre que la fortuna de la señorita de Roye, por considerable que esta sea.

»Podría dudarse de esto, y algunos de sus antiguos compañeros de regimiento han quedado sorprendidos en presencia de la ceguedad, involuntaria sin duda, de que dá pruebas.

»No es un misterio para nadie que el verano pasado la señorita de Roye se encontraba en un estado que comprometía extraordinariamente su reputación.

»Ninguno de los que la rodeaban abrigaba duda alguna acerca de aquel estado, y las apariencias se hacían demasiado acusadoras, cuando por fin tomó ella el partido de recurrir á

una estratagema que por desgracia no podía engañar ya á nadie.

»La luz estaba hecha.

»La superchería del viaje por mar, anunciado con tanto ruido, no era apropiado para ser creída por las gentes suspicaces.

»Le era fácil al barco de la señorita de Roye continuar navegando sin ella. Esto fué lo que sucedió. Al día siguiente de su salida del Havre, el capitán Perros desembarcaba á su dueña en Jersey, en donde ella alquilaba el mismo día á miss Kate Potter—precisamos,—ama de gobierno de un médico ya difunto, una quinta amueblada en la cual se instalaba con su doncella Ursula. El diez y seis de diciembre daba á luz una niña; después de reponerse, cosa que no se hizo esperar, gracias á su buena naturaleza y á los cuidados de que estaba rodeada, volvía al Havre en aquella misma *Golondrina*, que el excelente capitán Perros, cómplice de su dueña, había paseado de un puerto á otro sin apresurarse á ser visto.

»Celosos del honor de uno de nuestros compañeros, creemos deber prevenirle de todo esto, confesando que ignoramos el nombre del amante.

»Se nos asegura que el barón Santiago de Brandes, mejor informado, podría, si quisiera, lo cual es dudoso, suministrar noticias importantes respecto á este asunto.

»Una simple comprobación demostrará la verdad de los hechos arriba relatados.»

El vizconde pasó una noche horrible. Felizmente debía ser corta.

Se tendió vestido sobre su lecho y no pudo cerrar los ojos.

A las cinco de la mañana bajó al parque, donde dió algunos paseos. El bosque estaba aún sombrío. Solo la luna lo alumbraba con su pálida luz, que no tardó en palidecer más aun y en confundirse con los primeros resplandores del naciente día.

Roberto temblaba, transido por el frío del

invierno y por la fiebre que se iba apoderando de él.

A las siete se decidió; entró en las cuadras, ensilló por sí mismo su caballo, y sin advertir á nadie, montó y se lanzó al galope á través de los bosques.

Las precauciones de Santiago de Brandes.

La casa de Brandes debía esperar muchas visitas desde por la mañana.

No creemos que fuera solo la casualidad, á pesar de su mucha influencia, lo que reunía en la vasta cocina del caserío, desde las ocho de la mañana, á las tres personas con quienes hablaba el ama de gobierno, Susana, al mismo tiempo que mechaba una pierna de ciervo.

Aquellos tres personajes eran de muy distinto aspecto. El más pequeño nos es conocido. Béchar, Sosthene Isaie no tenía compañero en seis leguas á la redonda. No se hubiera encontrado en todo el cantón la pareja de aquella cabeza agardañada con hocico de zorra en acecho.

El alguacil debía haber madrugado mucho. Venía de más de tres leguas, de Rouvres, en donde tenía su guarida y su jamelgo no devoraba los kilómetros.

Pero este pequeño roedor era activo como una comadreja.

Si media la avena, á su cabalgadura no la ahorra el trabajo.

—La mañana está fresca, señora Susana—decía él con artificioso tono. Se está bien al lado de un fuego como el vuestro.

—Es que la leña no falta en nuestra casa—dijo Susana.

Se estaba bien, en efecto, alrededor de la chimenea. El alguacil no exageraba.

Un gran puchero vidriado se pavoneaba en la ceniza y sobre la mesa esperaban á los invitados apetitosas vituallas.

El alguacil se pasaba la lengua por sus labios, como hacen los gatos cuando se lamen al sol.

—Es una máquina complicada, tío Rondin,—dijo el alguacil contemplando el asador;—pero muy cómoda, sin embargo.

El tío Rondin contestó con un movimiento de cabeza. El tío Rondin era un colono del barón, el más considerado del dominio.

Pagaba al barón mil quinientos francos de renta anual y en aquel país para pagar tal renta era necesario tener una gran extensión de terreno.

El tío Rondin no tenía familia.

El barón y su colono se entendían. Vivían como podían. La tierra estaba mal cultivada por que el colono pasaba más tiempo corriendo liebres con su amo que, con la esteva en la mano, pero no quedaban eriales.

Buen mozo, por lo demás, el tío Rondin, ex sargento de cazadores, joven y fuerte, era muy espedito y decidido por el barón, con quien iba á jugar en el invierno su partido de naipes ó de dominó en cuanto anocheaba. Le pagaba su renta con los productos de la recolección, dando pan para la casa y avena para los caballos y regalándole de cuando en cuando algún par de aves, engordadas con este fin, y de las cuales él iba á comer su parte.

El tercer visitante era un hombre anciano, delgado, pero tieso, á quien sin embargo no se podían atribuir menos de sesenta y cinco ó sesenta años, y tal vez más.

Pero no se conocía su edad, de la cual no le gustaba hablar nunca.

Aquel hombre *era alguien*.

Nadie se hubiera atrevido en el país á pasar á su lado sin saludarle. Poseía algunas rentas y una casita al lado de la del párroco de Brandes, en la cual vivía en compañía de una sirvienta casi tan vieja como él.

Le llamaban el señor Antonio. Pocos hubieran podido decir su apellido. La gran consideración de que gozaba provenía de que había estado al servicio del rey Luis Felipe en calidad de guardia, y los percherones de su vecindad le rodeaban del respeto que en aquellos tiempos tenían los hidalgos de provincias, retirados en sus posesiones, á cualquiera que hubiera visto la corte.

El señor Antonio no había desempeñado un gran empleo en la corte, y no la había visto, sin duda, más que en sueños; pero se le había pegado algo de ella por el roce con sus superiores y por las gentes que trataba, y tenía lo que se puede llamar un buen porte.

El señor Antonio hablaba con buenas formas é imprimía á sus menores acciones una ceremonia y solemnidad imponentes.

Su verdadero nombre era Antonio Brignon, era hijo de un pastor de Rouvres, y terminado su servicio, en el cual no había pasado de sargento, había sido nombrado guarda-bosques del rey en el castillo de la Ferte-Vidame, primero, y despues en Dreux.

—Hoy se casa la señorita de Roye—dijo el señor Antonio,—con el vizconde de Beaulieu. ¿Creeis, Susana, que esos Beaulieu hacen una bonita jugada?

—Y tambien el cura—añadió el alguacil,—al curita de los Essarts, algo le valdrá. ¡Cómo van á llover los luises en su bonete!

—¿El señor baron es de la boda?

—¡Con seguridad, es su prima... es una parienta tan cercana!...

—¡Y, sin embargo, nos invita á almorzar y

despues á una partida de caza—dijo el tio Rondin.—¡Eso es absurdo!

—¡No me habéis de eso!—exclamó Susana.—¡Es una ligereza que no tiene nombre! ¡Había olvidado la boda, caramba! ¡Nos toca tan de cerca, no es verdad, esa ceremonia! ¡Parientes como esos, honran! Pero no temáis, el almuerzo será tan bueno como si el amo estuviera aquí.

Susana enumeró el *menú*, que no era de despreciar.

La pierna de ciervo formaba el plato principal, pero iba acompañado de un guisado de liebre y de una empanada de pato, capaces de resucitar á un muerto.

Los tres convidados abrieron unos ojos como lucernas y los clamores sobre la boda empezaron de nuevo.

Decididamente los Beaulieu no eran apreciados por las gentes del campo. El conde era demasiado riguroso, y el bien que hacia no compensaba los rencores de los cazadores furtivos, alejados de los límites del dominio por la severidad con que estaban guardados.

El mismo señor Antonio, á pesar de sus antiguas funciones, censuraba y criticaba, aunque con menos saña, la dureza del conde.

El digno anciano tenía tambien un resentimiento con el dueño de Beaulieu. No había querido oírle cuando al retirarse del servicio fué á decirle que desearía que le tomara á su servicio. El rudo é inhumano propietario despreció los restos de un ardor casi apagado. Lo que él necesitaba eran jóvenes vigorosos, con buenas piernas para dar alcance á los cazadores furtivos y á los laceros, y brazos sólidos para echarles la mano al cuello y presentárselos.

El señor Antonio era muy digno, como debe serlo el hombre que sale del servicio del rey; pero su amor propio, cruelmente herido, conservaba una herida que no se cicatrizaba, tanto más cuanto que pensaba que con el sueldo de

una modesta colocacion hubiera podido vivir con desahogo. Porque, ¡oh, miseria!... El servicio del monarca no le habia permitido enriquecerse, y su pequeño presupuesto apenas podía cubrirlo con su retiro.

Sus buenos dias eran los que pasaba en casa de Santiago de Brandes, en donde al menos no holgaba la cocina, gracias á la actividad del baron y á su buena punteria.

—¿Qué es de vuestro amo, Susana?—preguntó el alguacil.—No se le vé.

—Se está arreglando. ¡Diantre! Es preciso ponerse guapo.

—Es muy justo. ¿Y el señorito Andrés?

—El pequeño está en casa del señor cura á dar su leccion. ¡Está hermoso como un amor!

—¿Es tambien de la fiesta?

—Seguramente.

Susana se volvió para ocultar una mueca de desden.

¡Aquellas gentes creian, de buena fé, que la boda podía ser una partida de placer para el baron! ¡No estaban bien ciegas? ¡Aquella boda era lo peor que podía ocurrir á sus amos! Era la ruina de sus esperanzas, el fin de todo. ¡Y se figuraban que las cosas marchaban perfectamente y que se les habia hecho ir por gusto, para nada!

¡Ah! no era así.

Precisamente en aquel momento Santiago abrió la puerta del comedor y apareció en el dintel de la cocina.

Estaba preocupado.

Su primera mirada no fué para sus amigos, que le tendian la mano, sino para la avenida de encinas despojadas de hojas y cuyos deformes troncos se torcian en extrañas figuras, sobre el césped enrojecido por el hielo.

No vió nada.

¿Era que su mina habia sido aventada ó iba á estallar miserablemente?

Principiaba á hacerse tarde.

El reloj marcaba las ocho y media, y desde

su habitacion habia inspeccionado la campiña por todos lados.

No se veia á nadie.

Cambió con Susana una mirada inquieta y se sentó al lado del señor Antonio.

—Daria diez fanegas de mis bosques, abuelo, —le dijo familiarmente,—por evitar la tarea que me espera y almorzar con vosotros. Os delego mis poderes. Vais á presidir por mí la mesa.

En aquel momento Hilario, uno de los criados de Brandes, se presentó en la puerta de la cocina.

—¿Está dispuesto el caballo?—preguntó Santiago.

—Sí, señor baron.

—Bueno.

De pronto se inclinó hácia la puerta y se puso á escuchar.

—Alguien viene,—dijo.

—¿Quién podrá ser?

—¿No oís el galope de un caballo?

—Pero...

—A todo escape.

—A fe mia que es verdad,—añadió el tío Rondin.

Al otro extremo de la avenida se presentó un ginete, conteniendo la velocidad de su cabalgadura, que parecia desbocada, tan rápida era su carrera.

Los ojos de Susana se encontraron de nuevo con los de su amo. Pero esta vez brillaba en ellos una expresion de feroz alegría. Acababa de reconocer en aquel ginete al vizconde Roberto de Beaulieu.

Algunos segundos despues, el caballo, sudando y humeante, á pesar del rigor del tiempo, se detenia á la puerta de la casa, y apresurandose el vizconde, preguntaba al criado que salió á su encuentro:

—¿El señor de Brandes?

—Aqui esta.

—¿Puedo verle?

—Sí, señor. El señor iba á marchar á los Es-sarts.

—A Dios gracias llego á tiempo. Decidle que estoy aquí.

—¡Haced el favor de entrar!

Hilario abrió la puerta del vestibulo é introdujo al vizconde en el salon. Este estaba desierto; pero en la chimenea ardía un buen fuego. El vizconde hubiera podido adivinar que era esperado, pero no pensó en ello.

No tuvo tiempo de entregarse á largas reflexiones. Apenas habia dirigido una mirada á su alrededor, cuando entró el baron.

Roberto parecia tan agitado, nervioso, y presa de sorda irritacion, que no procuraba disimular, como tranquilo y reposado parecia Santiago de Brandes.

—¡Vos aquí! ¡En un dia como éste, mi querido vecino!—le dijo Santiago. ¡Qué sorpresa!

—Pronto sabreis la causa. Ayer á mi salida de Paris recibí una carta.

Santiago de Brandes se inclinó.

—Hacedme el obsequio de sentaros,—dijo al vizconde.

Este no prestó atencion á la invitacion.

Continuó en pié con las manos apoyadas en el respaldo de un sillón.

El baron, por el contrario, se sentó tranquilamente, cogió las tenazas y se puso á colocar con gran cuidado los tizones sobre los morillos.

—La carta era anónima—dijo Roberto—y contenia graves acriminaciones á la señorita de Roye.

El baron sonrió con desden.

—¿Anónima?—dijo,—pues no merecia crédito. Las personas más honradas están expuestas á recibir cartas de esa especie, sobre todo cuando se casan con una joven que ha debido escitar furiosas envidias.

—Ese fué mi parecer cuando lei la carta, pero he reflexionado. La he guardado y he pesado sus términos.

—El primer pensamiento es generalmente el

mejor. Yo hubiera obrado de distinto modo.

—¿Cómo?

—Rompiendo ese papel que parece preocuparos mucho y dispersando sus pedazos á los cuatro vientos del camino, lo cual os era tanto más fácil, cuanto que no tenias más que bajar uno de los cristales de vuestro wagon.

—¡El tono del baron tenia un átomo de burla, pero tan ligero que apenas se notaba!

Sin embargo, la cólera del ex-oficial se le subió al rostro.

—He reflexionado—repuso Roberto,—y he recordado una porcion de circunstancias que me inducen á suponer que esta carta no carece de verdad y que sus acusaciones son fundadas.

—¿Y la consecuencia de vuestras reflexiones?...—preguntó Santiago de Brandes, siempre tranquilo.

—La consecuencia es que vos sabeis cosas que yo ignoro; que esas cosas quiero conocerlas y que vengo á rogaros que me las digais.

—Preguntad. Me alegraré mucho de poder complaceros.

En verdad no se podia ser más complaciente.

—Señor de Brandes—dijo el vizconde, cuya voz temblaba,—la carta anónima me advertia que he caido en una asechanza, en un lazo...

—¡Pero en un lazo dorado!—observó Santiago.

—La carta me dice—continuó Roberto,—que la señorita de Roye tenia un amante.

—¡Oh!

—Que Germana ha simulado un viaje, que yo llamaré de placer, á fin de disimular su estado; que se ha retirado á Jersey mientras que su *yacht* se alejaba, y que allí ha da dado á luz una niña el 17 de setiembre último. La carta me dá detalles tales y tan precisos, que no puedo menos de darla fé.

—Estais en vuestro derecho, pero dispensadme. ¿En qué me conciernen á mi vuestros asuntos y los de mi prima?

—Vais á saberlo.

—Os escucho.

—El 17 de diciembre del año pasado, la señorita de Roye pasó la noche en esta casa. ¿Es verdad?

—Mis recuerdos respecto á eso son precisos. Es verdad.

—La consecuencia es natural.

Santiago de Brandes se encogió de hombros. Es imposible imaginarse una mirada más altiva que la que dirigió á su adversario.

—¿Quereis decir que yo era el amante de mi prima? ¡Me dispensais en ello gran honor!

—Os engañais. No quiero decir que hayais sido el amante elegido por la señorita de Roye. Si así hubiera sido, ¿quien le impediria casarse con vos? Yo creo que habeis abusado de la casualidad que la traia á vuestra casa; que ella cedió por debilidad, ó por otras razones que no me importan. Creo que os habeis burlado de mí, que sois un miserable, que uno de los dos está demás y que tenemos una cuenta que arreglar.

—Como querais—dijo Santiago, sin inquietarse.

—Despues ya veré lo que me conviene hacer, en la difícil situacion en que me encuentro.

—Perfectamente.

—¿Cuándo quereis que ventilemos el asunto?

—Despues de lo que acabo de oír, lo antes posible.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Entonces en seguida.

—¿Sitio.

—La *Encina hueca*, por ejemplo.

Santiago de Brandes añadió con la misma calma:

—Allí estareis más cerca de la iglesia.

—Sea. ¿Armas?

—A vuestra eleccion.

—¿A espada?

—Como querais.

—¿Testigos?

—Tendré los míos. Llevad los vuestros.

El vizconde miró su reloj.

—¿Podreis estar allí á las diez y media?

—Sin dificultad. Me hareis la justicia de manifestar que no soy yo quien busco pendencia.

—Está dicho. Es inútil mezclar el nombre de la señorita de Roye en este asunto.

—Ese es mi parecer.

—¿Cómo lo arreglaremos?

—Vais á verlo.

El baron acompañó á Roberto hasta el vestíbulo, cuya puerta de comunicacion con la cocina estaba abierta y levantando la voz dijo:

—Señor de Beaulieu, os he escuchado con paciencia; pero me veo en la necesidad de deciros que habeis mentido descaradamente.

—Os comprendo—repitió el vizconde.

Hablaron un momento en voz baja con aparente tranquilidad.

Roberto de Beaulieu volvió á montar á caballo.

—En la Encina hueca!—dijo saludando.

—Bien.

—Los momentos me son preciosos.

—No tendreis que esperar.

El vizconde clavó las espuelas en el vientre de su caballo y este partió al galope en direccion á Beaulieu.

Los huéspedes de su casa se habian puesto en movimiento.

Santiago apareció muy tranquilo, casi sonriendo:

—Hé aquí—dijo—una cuestion tonta con la cual no contaba. ¡Un día de boda!

—¿Qué vais á hacer?—preguntó con ansia el alguacil.

Bechard se prometia buenos beneficios de su amistad con el baron.

Aunque Brandes era una posesion pequeña, se podia roer algo en ella y Bechard contaba con esto.

¡Y el baron iba á exponer su vida!

El vizconde de Beaulieu pasaba por un maestro de esgrima.

—No me toca á mí elegir—dijo Santiago. Cuando el guante está arrojado...

—¡Y testigos?—observó el alguacil.

—Me llevo á Rondín y al señor Antonio, que son ex militares. Ese de Beaulieu está furioso. ¡Háse visto semejantes escenas por una tontería! ¡Por si sé tirar mejor ó peor el sable! La partida será corta, al menos así lo espero. Suceda lo que quiera; la fiesta ha concluido para mí.—Y añadió mirando al alguacil:—¡Tendrá que ver la cara de las gentes que esperan en los Es-sarts!

Bechard guiñó un ojo. Comprendía, aunque confusamente, que se trataba de alguna maquinación del de Brandes.

—¡Vamos!—dijo éste á Susana, quien, muy agitada, porque en el fondo quería á su amo y temblaba por él, traía una botella y vasos,—bebamos á la salud de todos, y silencio, señores!

Hilarío condujo hacia la puerta el cabriolé, tirado por una de las dos jacas blancas. El baron, cubierto con una magnífica piel de cabra, montó en el cabriolé, llevando un paquete largo, envuelto en una sarga verde, que al caer en el fondo del vehículo produjo un sonido á hierro.

El colono y el antiguo guarda del rey, se sentaron al lado de Santiago, en la única banqueta del cabriolé. El baron dió una voz á la yegua, y el valiente animal partió el galope por la avenida.

XXVIII

La encina hueca.

El vizconde había vuelto al castillo de Beaulieu á todo escape.

Estaba loco de cólera.

Ya no dudaba.

La burla de aquel aldeano de Brandes le agitada los nervios y le encendía la sangre.

Estaba avergonzado de su ceguedad.

¡Cómo se había burlado de él Germana!

¡Cómo no había adivinado antes que le mezclaban en una odiosa intriga?

¡Cuánta razón tenía su padre cuando le aconsejaba que renunciara á sus proyectos de matrimonio!

Entró en Beaulieu por un sendero extraviado y entregó su sudoroso caballo á un palafrenero, diciéndole:

—¡Que nadie sepa que he salido esta mañana!

En Beaulieu se observa la disciplina militar.

El picador permaneció mudo.

Ató el caballo al pesebre y se puso á desaparecerlo y echarle pienso.

El valiente animal tenía buena necesidad de esto.